



Puente Democrático

Lucha contra el Antisemitismo y Fomento a la Tolerancia Religiosa en Argentina

25 de marzo de 2015

La creación del Estado de Israel

El nacimiento del Estado de Israel no fue el fruto de una conspiración de gobiernos manipulados tras las sombras por el sionismo: Estados Unidos, el Reino Unido y la Unión Soviética tuvieron sus dudas al respecto, ya que querían evitar enemistarse con los países árabes, proveedores de petróleo. Tanto los occidentales como los soviéticos tenían dudas sobre a qué bloque se integraría Israel en la naciente guerra fría. Muchos diplomáticos del Departamento de Estado suponían que el nuevo Estado sería una parte más del bloque socialista, una presencia peligrosa por su cercanía al canal de Suez. La URSS, que en un principio apoyó la creación del Estado de Israel, luego viró en su posición anhelando aproximarse a los países árabes, y alimentó una narrativa antisionista que al día de hoy sigue siendo determinante en las posiciones de la izquierda radical europea.

Por Ricardo López Göttig



Esta publicación forma parte del proyecto "Lucha contra el Antisemitismo y Fomento a la Tolerancia Religiosa en Sur América" de la Fundación Panamericana para el Desarrollo (PADF) que CADAL implementa en Argentina. El objetivo del proyecto es permitir a un grupo específico de actores de la sociedad civil preocupadas por la tolerancia religiosa llevar a cabo una mejor lucha contra el antisemitismo, proporcionando así un entorno más favorable a las libertades fundamentales y el respeto de los derechos humanos.

Israel, en la antigüedad, no tuvo mucho tiempo de vida como reino independiente. Fue sojuzgado por asirios, egipcios, griegos, romanos, bizantinos, árabes y turcos. Los griegos otorgaron a la región el nombre de Palestina, denominación geográfica –no étnica- que ha servido para identificarla hasta nuestros días y que, en el Imperio Otomano, incluía a ambos márgenes del río Jordán. Con la destrucción del segundo templo de Jerusalem por parte de los romanos en el año 70 de nuestra era, tuvo inicio la dispersión de los judíos por el mundo mediterráneo y más allá, hacia el Oriente. Estuvo bajo la órbita del Imperio Romano de Oriente –Bizantino-, hasta la conquista árabe de Jerusalem a mediados del siglo VII, tomando el control de la ciudad santa para el judaísmo y el cristianismo. Por razones históricas, religiosas y culturales, no obstante, permaneció el deseo vivo de retornar a esa tierra, en especial a Jerusalem, con la aspiración mesiánica, que es de un carácter enteramente diferente al mesianismo cristiano e islámico.

Cabe señalar que cuando se hace referencia a los árabes de Cercano Oriente, a saber, de los actuales países como Siria, Irak, Líbano, Jordania y Egipto, así como los árabes palestinos, se trata de pueblos que fueron arabizados a partir del siglo VII. Por las invasiones de la expansión musulmana, los pueblos semitas del Cercano Oriente, así como África septentrional, incorporaron la lengua y escritura árabe, así como muchas de sus costumbres. Antes de la expansión islámica, eran mayormente pueblos cristianos dentro del Imperio de Bizancio. El concepto del nacionalismo árabe que surge en los siglos XIX y XX, ergo, no es de carácter étnico o religioso –hay árabes musulmanes y de distintas denominaciones cristianas-, sino en base a la lengua y una cultura común.

El derrumbe del Imperio Otomano

Cuando se desató la primera guerra mundial, el territorio de Palestina se hallaba bajo el dominio del Imperio Otomano. Hasta antes de la conflagración planetaria de 1914, la organización sionista había intentado, mediante gestiones diplomáticas, generar una corriente de simpatía entre los gobiernos europeos para volver a fundar allí un estado nacional judío ante la ola de pogroms en el Imperio Ruso; e incluso Theodor Herzl buscó convencer al sultán otomano. Los judíos eran la primera minoría de los habitantes de Jerusalem, con aproximadamente el 40%, y ya se habían creado varias colonias agrícolas; mas no todos ellos tenían ciudadanía otomana, tal como ocurría con varias de las minorías cristianas. Las minorías religiosas cristianas y judías preferían mantener sus pasaportes europeos, ya que de ese modo obtenían la protección de los gobiernos del Viejo Continente. Pero en los censos del Imperio Otomano sólo registraban a los ciudadanos, no al resto de los habitantes, por lo que

en esos registros se sobrerrepresentaba a la población musulmana.

El Imperio Otomano se alió a las potencias centrales europeas, Alemania y Austria-Hungría, durante la Gran Guerra, de modo que el Reino Unido, Francia y el Imperio Ruso –y luego Italia- se interesaron por el reparto posterior de los restos del coloso turco. Las negociaciones secretas en torno a esta cuestión arribaron al pacto Sykes-Picot, en 1916, que buscaba congeniar las ambiciones territoriales de varios actores. Este acuerdo fue rubricado por un negociador británico, Sir Mark Sykes, y otro galo, François Georges-Picot. Pero más allá de estos deseos volcados al mapa, lo cierto es que poco se aplicó de ese acuerdo, y los británicos volcaron a ese frente de guerra casi un millón y medio de soldados y 750 millones de libras esterlinas. La diplomacia del Foreign Office buscaba sumar la simpatía de la dispersa comunidad judía en el mundo –sobre todo la de Estados Unidos-, pero la alianza militar con Rusia no ayudaba a ese propósito. Es por ello que se pensó en la creación de un “hogar nacional judío” en Palestina, un proyecto al que el imperio zarista adhirió para favorecer la emigración de su población. En noviembre de 1917, se dio a conocer la Declaración Balfour, en la cual el secretario del Foreign Office Lord James Balfour, por medio de una carta a Lord Rothschild –figura prominente del sionismo británico- expresaba la postura oficial favorable al “establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío”. Pero mientras habían deliberado secretamente sobre el acuerdo Sykes-Picot, los británicos tomaron contacto a través del agente T. E. Lawrence con el jerife de La Meca, Husayn ibn Alí, para comenzar la revuelta árabe contra el poder otomano. La perspectiva de la independencia árabe y la creación de un gran reino unificador de ese pueblo, dieron nuevas fuerzas al nacionalismo en la región, que había pugnado por su autonomía en el seno del imperio otomano. En diciembre de 1917, los bolcheviques revelaron el contenido del acuerdo Sykes-Picot que, sumado a la Declaración Balfour, provocó una tormenta política. Husayn tomó el control de Damasco con apoyo del Reino Unido, a pesar de que Siria habría de estar bajo la órbita gala por el acuerdo Sykes-Picot. En las conferencias de paz en París, tras el final de la guerra, se resolvió que la Liga de las Naciones habría de otorgar a Francia y el Reino Unido, en calidad de “mandatos”, la administración de Siria, Líbano, Palestina, Transjordania e Irak. De los mandatos otorgados al Reino Unido, en Irak se instauró la monarquía con Faisal, y en Transjordania con Abdullah, ambos hijos del jerife Husayn que, a su pesar, nunca pudo llegar a ser el rey de Arabia. Esta familia, la de los Hachemitas, en principio no estaba dispuesta a aceptar la creación de un hogar nacional judío en Palestina.

Esta situación, con los “mandatos” de Siria y el Líbano para Francia, y Transjordania (años más tarde, Jordania), Palestina e Irak para Gran Bretaña, se prolongó hasta después de la segunda guerra mundial. Es por ello que el Mandato de Palestina otorgado por la Liga de las Naciones, pasará a ser administrado por la nueva Organización de las Naciones Unidas (ONU) y, en su seno, se buscó resolver su porvenir.

El mandato británico

A pesar de la narrativa antisemita que afirmaba que el Reino Unido era uno de los tantos gobiernos títeres manejados por el sionismo tras las sombras, ese país establecerá cuotas muy rígidas y estrechas para la emigración judía al Mandato de Palestina, haciéndose más dramático con el ascenso del nazismo al poder en 1933. Hubo una corriente migratoria clandestina a través de Egipto, pero nunca llegó a canalizar a los refugiados judíos del centro de Europa. Esta política se mantuvo durante la segunda guerra mundial, porque los británicos temían que la apertura migratoria pudiera generar una fuerte corriente de simpatía árabe hacia los alemanes. En 1936, por el arribo clandestino de inmigrantes judíos que huían de la persecución antisemita en Europa, el Gran Muftí de Jerusalem Hadj' Amin al-Husaini impulsó una revuelta árabe contra los recién llegados. En esta revuelta, los británicos optaron por la abstención, a fin de no enemistarse con la población árabe en un contexto mundial en el que se preveía el desenlace de una nueva guerra planetaria. Se formó, entonces, la Comisión Peel en 1937, que sugirió una partición del territorio en la que el norte de Palestina y una franja marítima que incluía a Haifa y Tel Aviv estuvieran ocupadas por judíos, en tanto el resto por árabes. Esta propuesta también despertó el rechazo árabe, que no estaba dispuesto a negociar una sola partícula de territorio. Como respuesta a los ataques, la comunidad judía organizó sus propias fuerzas de defensa: la Haganá y el Irgún. En 1938 arribó al Mandato de Palestina la comisión Woodhead, que estudió in situ la partición, proponiendo una angosta franja costera para los judíos, pero sin llegar a aplicarla. Ante la ola judía que intentaba emigrar de Alemania y Austria cuando estos países estuvieron bajo el régimen nacionalsocialista, el Reino Unido puso fuertes restricciones a su arribo al mandato de Palestina, y esas disposiciones estaban contenidas en el Libro Blanco, de mayo de 1939. Dos meses después se realizó la Conferencia de Evian, en Francia, por iniciativa del presidente Roosevelt para debatir posibles destinos para la emigración judía de Europa. A pesar del recrudescimiento de la política antisemita desplegada por Hitler, los países democráticos de Europa, América y del Imperio Británico mantuvieron sus puertas cerradas, con la honrosa excepción de la República Dominicana.

Durante la segunda guerra mundial, el Gran Muftí al-Husaini apoyó abiertamente a la Alemania nazi contra el Reino Unido, llegando a promover una revuelta pro-nazi en Irak, así como organizó tropas bosnias musulmanas en Yugoslavia para apoyar a los invasores alemanes. Al-Husaini vivió, tras terminar la conflagración mundial, en Egipto, y desde allí influyó poderosamente en el rechazo a la política de partición de Palestina y la creación del Estado de Israel hasta los años setenta, cuando murió.

La ONU y la partición de Palestina

Los judíos que sobrevivieron a la política de exterminio en Europa no querían retornar a sus hogares, tras la muerte de millones en los ghettos, persecuciones, fusilamientos y campos de la muerte. Ante esta crisis humanitaria, el presidente Truman presionó a Gran Bretaña para que abriera las puertas del Mandato de Palestina, a lo que el nuevo gobierno laborista de Clement Attlee se negó rotundamente. En 1946, el Irgún atentó con el hotel King David, asiento de las autoridades británicas en el Mandato, causando 92 muertos.

Finalmente, en febrero de 1947 el gobierno británico anunció su retirada del Mandato de Palestina, por lo que la ONU, a través de su Asamblea General, designó el 13 de mayo una comisión integrada por once países para estudiar la cuestión e informar en septiembre de ese año, la UNSCOP. Había allí un equilibrio de naciones viejas y nuevas, occidentales y socialistas, anglófilas y anglófobas, con o sin experiencia colonial. El presidente de esta comisión era el jurista sueco Emil Sandström. Andrei Gromiko, ministro de Relaciones Exteriores de la URSS, expresó su apoyo a un Estado binacional y, de no ser posible, a un plan de partición entre árabes y judíos. Los miembros de la comisión hallaron, por un lado, el rechazo directo de los árabes a cualquier tipo de negociación, siguiendo las directivas del Gran Muftí al-Husaini y, por el otro, la predisposición a conciliar de los sionistas. Los árabes exigían un estado único, en el que se prohibiría nueva inmigración judía y restricciones a la venta de tierras. Su criterio de legitimidad histórica partía de la conquista en el año 637 a manos del califa Umar, como si todo lo anterior careciera de importancia. La comisión elaboró dos reportes: el mayoritario, rubricado por los representantes de Canadá, Checoslovaquia, Uruguay, Guatemala, Países Bajos, Perú y Suecia, recomendaba la creación de dos Estados, integrados por una unión económica; el Reino Unido continuaría la administración por dos años más, asistido por los Estados Unidos y con el auspicio de la ONU. El reporte minoritario, firmado por los representantes de India, Irán y Yugoslavia, proponía formar un Estado federal integrado por provincias árabes y judías, con Jerusalem como capital. Australia no adhirió a ninguno de los informes. Si bien el Reino Unido

aceptó el informe, informó a través de su secretario de colonias Arthur Creech Jones que voluntariamente abdicaba de continuar con el mandato sobre la región. La Asamblea General designó una nueva comisión ad hoc de cincuenta y siete miembros, para estudiar las recomendaciones presentadas. La Liga Árabe, reunida en Líbano entre el 16 y 19 de septiembre de 1947, anunció su rechazo a cualquier recomendación de la ONU. La comisión ad hoc, siguiendo las recomendaciones del reporte mayoritario, apoyó la partición en dos estados, con las ciudades de Jerusalem y Belén como zonas internacionales bajo administración de la ONU. Esta comisión ad hoc celebró treinta y cuatro reuniones en las que la Agencia Judía y el Alto Comité Árabe pudieron expresar sus puntos de vista sobre el informe. Este reporte fue aprobado por 25 a favor, 13 en contra y 17 abstenciones.

Fue durante estas deliberaciones que el Exodus, una embarcación que llevaba sobrevivientes judíos desde Europa hacia el Mandato de Palestina, fue interceptado por los británicos y devuelto a Alemania, en donde fueron alojados en los campos de refugiados. Esto fue un golpe muy duro para la imagen del Reino Unido ante la opinión pública mundial, conmovida por la historia de estos refugiados y por lo que se iba conociendo sobre la Shoá.

El plan de partición no fue bien recibido por el Departamento de Estado de Estados Unidos, que quería evitar toda posible confrontación con los países árabes. Por un lado, se temía que las naciones árabes se volvieran hacia la URSS, lo que hubiera significado una catástrofe para Occidente al perder los recursos petroleros de Medio Oriente. No obstante, el presidente Harry Truman instruyó al embajador ante la ONU a aceptar el informe mayoritario de la UNSCOP, el 11 de octubre de 1947. Dos días después, se sumó la aprobación de la Unión Soviética. Luego, la Asamblea General votó la partición de dos estados el 29 de noviembre de 1947, en la resolución 181: en esa instancia, lo aprobaron 33 naciones, con 13 votos en contra y diez abstenciones (el Reino Unido, por ejemplo). Con esta resolución, se creó una comisión que se encargaría de la implementación, compuesta por diplomáticos de Bolivia, Checoslovaquia, Dinamarca, Panamá y Filipinas.

La reacción en los países árabes fue áspera y violenta. El entonces secretario general de la Liga Árabe, el diplomático egipcio Abdul Rahman Hassan Azzam (conocido como Azzam Pasha), expresó al diario Akhbar al-Yom: *“Personalmente, espero que los judíos no nos fuercen a esta guerra, porque sería una guerra de exterminio y de masacre decisiva”*¹. En Damasco, una

multitud atacó con piedras la embajada de los Estados Unidos y quemó los vehículos que se hallaban en las calles; en Alepo, casas y once templos judíos fueron incendiados. En Adén, los enfrentamientos ocasionan muertes de judíos y árabes. El rey Faruk, de Egipto, notificó al embajador estadounidense que, junto a otros países árabes, resistirían la partición con la fuerza de las armas. La atmósfera en la región, lejos de calmarse con el correr de los días, fue empeorando. En el mandato británico de Palestina comenzaron las hostilidades entre milicias árabes y judías, ante lo cual el Reino Unido evacuó a las mujeres y niños de su nacionalidad hacia Egipto. El 12 de diciembre de 1947, la Liga Árabe declaró nula y sin efecto la resolución 181.

La comisión formada para la implementación de la partición, informó al Consejo de Seguridad de la ONU de su fracaso el 18 de marzo de 1948 debido a los enfrentamientos, proponiendo la pacificación. Los combates entre milicias judías y árabes se intensifican antes de la retirada británica. En este contexto, funcionarios del Departamento de Estado intentaron cambiar la postura de Truman a través de una presentación que hizo el antiguo senador y entonces embajador Warren Austin ante el Consejo de Seguridad, a fin de desentenderse del proyecto de partición de la región de Palestina, descolocando al presidente en la arena internacional. Hasta el mismo día en que los británicos dejaron el Mandato, los diplomáticos estadounidenses en la ONU intentaron negociar el aplazamiento de la partición del territorio y lograr un fideicomiso, pero fueron sorprendidos por la decisión del presidente Truman de reconocer de facto al gobierno provisional del Estado de Israel once minutos después de que fuera creado. El secretario de Estado George Marshall intentó que el presidente Truman no reconociera al nuevo Estado, ya que seguía los consejos del Departamento de Estado en su negativa. Uno de los argumentos para cuestionar la decisión de Harry S. Truman es que buscaba el voto judío con vista a los comicios presidenciales de noviembre de 1948. Lo cierto es que, por un lado, el Partido Republicano también tenía una plataforma favorable a la creación del Estado de Israel, y que Truman no reconoció inmediatamente de iure al nuevo Estado, ni levantó el embargo de armas a Israel y los países árabes. Dos tercios de la población judía estadounidense vivían en tres estados clave: New York, Pennsylvania e Illinois. El candidato republicano Thomas Dewey, gobernador de New York, ganó en su estado y en Pennsylvania; Harry Truman sólo ganó en Illinois, por lo que el voto judío no incidió en su reelección.

¹David Barnett y Efraim Karsh, Azzam's Genocidal Threat, en <http://www.meforum.org/3082/azzam-genocide-threat>

La guerra de independencia del Estado de Israel

El último alto comisario británico, sir Allan Cunningham, se embarcó en la tarde del viernes 14 de mayo de 1948, dando fin al Mandato del Reino Unido sobre el territorio. Ese mismo día y para no violar el shabat, el gobierno provisional de la Agencia Judía proclamó al Estado de Israel, y su primer decisión fue la abrogación del Libro Blanco de 1939 y demás restricciones que impedían la inmigración judía. En esa misma jornada recibió el reconocimiento de Estados Unidos y la Unión Soviética. Fueron cinco los países árabes que pusieron en marcha a sus ejércitos, superando numéricamente y en equipo militar al del Estado de Israel: se trataba de Egipto, Siria, Transjordania (el actual Reino Hachemita de Jordania), Irak y, en menor medida, Líbano. Esta coalición tenía aviones, tanques y artillería, pero los cinco países no coordinaron una estrategia y sus ejércitos no eran disciplinados, exceptuando a la Legión Árabe de Transjordania, entrenada y comandada por antiguos oficiales británicos. El ejército israelí, formado por las milicias, no tenía aviación ni artillería, y estaba sometido al embargo de armas aplicado por los países occidentales. Éstas llegarán gracias a Checoslovaquia, que ya desde febrero de 1948 formaba parte del bloque socialista, por lo que el nuevo país recibía el apoyo indirecto de la URSS. Ante las hostilidades, la ONU designó al conde Folke Bernadotte, diplomático sueco, para mediar entre las partes, siendo respaldado por el Consejo de Seguridad que votó el 29 de mayo una propuesta de tregua. A fines de junio, el conde Folke Bernadotte presentó su propuesta de la “Gran Palestina”, un proyecto de carácter federal que sumaba a Transjordania y que implicaba dos estados autónomos, uno judío y el otro árabe. Si bien el rey Abdallah de Transjordania era favorable al acuerdo, Egipto y Siria retomaron los combates en julio. Ante este rechazo, el diplomático formuló otro plan con dos países separados, que establecía el reconocimiento árabe al Estado de Israel, la compensación a las personas desplazadas, las fronteras controversiales serían establecidas por la ONU y el futuro de Jerusalem sería decidido en un nuevo tratado. El conde Bernadotte fue asesinado el 17 de septiembre por un comando del grupo judío Lehi, luego desarticulado por Israel.

La consecuencia inesperada fue que el Estado de Israel, que en el plan de partición original de 1947 habría de ocupar 14.200 km², llegó a extenderse a los 20.700 km², un tercio más de superficie. Nuevamente, por mediación de la ONU, se rubricó una serie de armisticios en la isla de Rodas, Grecia, entre los beligerantes. Otra consecuencia, dolorosa y sin solución, fueron los refugiados árabes durante la guerra, que se desplazaron fuera del territorio israelí. Si bien hubo episodios de expulsión de aldeas árabes, no fue una política generalizada ni hubo limpieza étnica. Es por ello que el norte del Estado de

Israel tiene una importante población árabe –cristiana y musulmana-, siendo aproximadamente el 20% de la población. Son ciudadanos con representación parlamentaria, votan y forman sus partidos políticos, tienen educación en su lengua, practican libremente sus creencias religiosas, disponen de canales de televisión y diarios. Hoy es creciente el número de árabes cristianos que se está integrando a las fuerzas de defensa de Israel. La ciudad de Nazareth está poblada casi totalmente por árabes, siendo el 69% de la población musulmana y el 30% cristiana. Otras ciudades, como Akko y Haifa, son mixtas de judíos y árabes.

Desde 1948 hasta 1967, hubo dos territorios árabes palestinos que permanecieron fuera del Estado de Israel, a saber: la Franja de Gaza y Cisjordania, que comprende también la parte oriental de la ciudad de Jerusalem. Fueron administrados por dos países: Egipto y Jordania. Esos territorios fueron ocupados a partir de la guerra de los seis días, de 1967, y son el embrión del futuro Estado palestino, hoy bajo la Autoridad Palestina. Lo cierto es que entre 1948 y 1967 no hubo ningún intento de constituir un Estado árabe palestino en Gaza, Cisjordania y Jerusalem Este. No hubo ningún impedimento israelí para que conformaran ese Estado, y tanto Egipto como Jordania administraron esos territorios como si fueran anexos a sus países. La terquedad manifestada por el liderazgo árabe en 1947-1949 de ignorar la existencia del Estado de Israel, así como la negativa a celebrar negociaciones, los terminó perjudicando. Y a pesar de ello, siguieron exigiendo la totalidad del territorio, con la consecuencia de perder frente a la comunidad judía. Los gobiernos israelíes estuvieron dispuestos a discutir el retorno o compensación a los refugiados, con una condición elemental para sentarse a la mesa de las negociaciones: el reconocimiento al Estado de Israel. De los países vecinos, Egipto reconoció al Estado de Israel gracias a los acuerdos de Camp David de 1978, así como lo hizo Jordania en 1994, tras la guerra del Golfo.

Conclusiones

El nacimiento del Estado de Israel no fue el fruto de una conspiración de gobiernos manipulados tras las sombras por el sionismo: Estados Unidos, el Reino Unido y la Unión Soviética tuvieron sus dudas al respecto, ya que querían evitar enemistarse con los países árabes, proveedores de petróleo. Tanto los occidentales como los soviéticos tenían dudas sobre a qué bloque se integraría Israel en la naciente guerra fría. Muchos diplomáticos del Departamento de Estado suponían que el nuevo Estado sería una parte más del bloque socialista, una presencia peligrosa por su cercanía al canal de Suez. La URSS, que en un principio apoyó la creación del Estado de Israel, luego viró en su posición anhelando aproximarse a los países árabes, y alimentó una narrativa antisionista que

al día de hoy sigue siendo determinante en las posiciones de la izquierda radical europea.

Los países árabes, por su lado, no tenían liderazgos a la altura de las circunstancias: frente a los israelíes que tenían partidos políticos, instituciones, sindicatos, organizaciones juveniles y personas con calificación académica y científica, el principal vocero de los árabes palestinos fue el Gran Muftí al-Husaini, un antiguo colaborador de la Alemania nazi. En el juego de “todo o nada” al que apostaron los países árabes, sólo terminaron perdiendo territorio, personas y recursos. La diferencia del Estado de Israel frente a sus vecinos se fue

haciendo cada vez más notoria con el correr de los años, constituyéndose como una democracia liberal rodeada por gobiernos autoritarios nacionalistas y belicistas, que no se preocuparon por el bienestar de sus compatriotas. La autocrítica del mundo árabe comenzó, tímidamente, con los acuerdos de Camp David y tras la guerra del Golfo, pero aún falta la decisión de otros países árabes en reconocer definitivamente el derecho a la existencia del Estado de Israel, primer paso para la paz en la región, el cierre de las heridas tras tantos años de guerra y la creación del Estado árabe palestino.

Bibliografía consultada:

Charles Zorgbibe, *Historia de las Relaciones Internacionales*. Tomo II. Madrid, Alianza, 1997.

Michael T. Benson, *Harry S. Truman and the Founding of Israel*. Westport, Praeger, 1997.

Joan B. Culla, *Breve historia del sionismo*. Madrid, Alianza, 2009.

Arnold Blumberg, *The History of Israel*. Westport, Greenwood Press, 2010.

Matthew Jacobs, *Imagining the Middle East: The Building of an American Foreign Policy, 1918-1967*. Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2011.

Bruce Westrate, *The Arab Bureau: British Policy in the Middle East, 1916-1920*. University Park, Pennsylvania State University Press, 1992.

Chaim Gans, *A Just Zionism: On the Morality of the Jewish State*. New York, Oxford University Press, 2008.